



Civilizar. Ciencias Sociales y Humanas
ISSN: 1657-8953
yadira.caballero@usa.edu.co
Universidad Sergio Arboleda
Colombia

Burgos López, Campo Ricardo
Ciencia y técnica en la anticiencia ficción de C. S. Lewis
Civilizar. Ciencias Sociales y Humanas, vol. 11, núm. 20, enero-junio, 2011, pp. 131-143
Universidad Sergio Arboleda
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=100222636010>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

Ciencia y técnica en la anticiencia ficción de C. S. Lewis*

Science and technique in the anti-science fiction of C S. Lewis

Recibido: 15 noviembre de 2010 - Revisado: 30 de noviembre de 2010 - Aceptado: 15 de enero de 2011

Campo Ricardo Burgos López**

Resumen

El artículo analiza la imagen que de la ciencia y la técnica occidentales (y por extensión de la civilización en que ellas son preeminentes), plantea C.S. Lewis en su *Trilogía Cósmica* (obra clásica de la literatura fantástica y religiosa del siglo XX). Ante la cultura científico-técnica predominante en la actualidad, en estas tres novelas Lewis propone una civilización enraizada en el Cristianismo. Frente a una cultura científico-técnica que acaba promoviendo la deshumanización, la discriminación de seres humanos y no humanos, nuevas formas de alienación, y que, en última instancia, se opone a la sabiduría, Lewis apuesta a la alternativa del retorno a Cristo. Tal retorno a Cristo es también el regreso a la sabiduría, y por ende, el optar por una senda que conduzca a la plena humanización.

Palabras clave

Ciencia, técnica, C.S.Lewis, ciencia ficción, anticiencia ficción, literatura fantástica, literatura religiosa, deshumanización, sabiduría.

Abstract

The article analyzes the image of Western science and technology (and by extension of civilization in which they are prominent), that put CS Lewis's Cosmic Trilogy (classic of fantasy literature and religion of the twentieth century). In the scientific-technical culture now prevailing in these three novels, Lewis proposes a civilization rooted in Christianity. Faced with a scientific-technical culture to promote the dehumanization just the discrimination of humans and nonhumans, new forms of alienation and, ultimately, opposed to wisdom, Lewis bet the alternative of a return to Christ. Such a return to Christ is also the return to wisdom, and thus opting for a path leading to full humanization.

Keywords

Science, technology, CS Lewis, science fiction, anti-science fiction, fantasy literature, religious literature, dehumanization, wisdom.

* Artículo resultado de investigación dentro del proyecto *El concepto de lo demoníaco en la obra de ficción de C. S. Lewis*. Grupo de Estudios Literarios y Culturales, Escuela de Filosofía y Humanidades de la Universidad Sergio Arboleda.

** Psicólogo de la Universidad Nacional de Colombia. Magíster en literatura de la Universidad Javeriana de Bogotá. Profesor de la Escuela de Filosofía y Humanidades de la Universidad Sergio Arboleda.
Correo electrónico:
burgoslopez@yahoo.com

Problema de investigación y método

A través de este artículo quisiéramos aproximarnos a uno de los grandes autores cristianos del siglo XX como es el narrador y apologista C. S. Lewis. En concreto, de toda su vasta producción pretendemos precisar un aspecto muy específico- y, como se verá luego, muy polémico-, como es la clase de imagen del hecho científico y tecnológico que podemos encontrar en una de las obras cumbres de las literaturas fantástica y religiosa del siglo XX: la célebre *Trilogía Cósmica* compuesta por las novelas *Lejos del planeta silencioso* (*Out of the Silent Planet*, 1938), *Perelandra* (*Perelandra*, 1943) y *Esa horrible fuerza* (*That Hideous Strength*, 1945).

El método hermenéutico a seguir considera tres momentos. En el primero de ellos, se lleva a cabo una definición de los tres términos básicos mencionados en el título (ciencia, técnica, anticiencia ficción). En el segundo, se analiza por separado el problema en cuestión en cada una de las tres novelas señaladas. Para ello se proporciona inicialmente el resumen de la obra, y luego se identifican rasgos generales de la imagen de ciencia y técnica en el texto, analizándolos a la luz de una serie de autores (Adorno y Horkheimer en la versión de Carroll, Sábato, y el mismo Lewis en su calidad de ensayista) y paradigmas clásicos (la propuesta bíblica). En el tercer momento, se bosquejan algunas conclusiones sobre *La trilogía cósmica* con el auxilio de tesis de Tolkien, el mismo Lewis, y la ya referida mirada bíblica sobre algunos de los asuntos que se exponen en el texto.

Introducción

En consonancia con el método señalado, nuestro artículo sucederá en cinco fases. En la primera de ellas esclareceremos los términos del trabajo (ciencia, técnica, anticiencia ficción); en los momentos segundo, tercero y cuarto, analizaremos (como ya se explicó) el modo en que ciencia y técnica son abordadas respectivamente

en *Lejos del planeta silencioso*, *Perelandra* y *Esa horrible fuerza*. Finalmente (como ya se aclaró también), estableceremos una serie de juicios generales en relación con el problema que nos ocupa, para el caso de las tres obras consideradas como un todo.

Sobre ciencia, técnica y anticiencia ficción

Antes de iniciar el análisis propiamente dicho, sería conveniente precisar en qué sentido entenderemos estos tres conceptos. Primero ciencia y técnica. Definir estas dos actividades humanas es una labor harto compleja si nos atenemos al alud de publicaciones que existen al respecto. Para efectos de este ensayo quisiéramos entender por “ciencia” un modo de conocimiento distinto a la filosofía, el arte o la teología “que aspira a formular mediante lenguajes rigurosos y apropiados … leyes por medio de las cuales se rigen los fenómenos” (Ferrater Mora, 2002, vol.I, p.545). Tales leyes, además, han de tener capacidad predictiva y ser comprobables acudiendo a los expedientes de la observación y la experimentación. Por su parte el término “técnica” alude a esa capacidad de producir cosas que cubran las necesidades humanas (Brugger, 1972, p. 498), y también a esas realidades artificiales producto de transformaciones a las cuales se ha sometido la realidad natural (Ferrater Mora, 2002, vol.IV, p.3451).

El término “anticiencia ficción” ha sido acuñado por los críticos Robert Scholes y Eric S. Rabkin para referirse a la obra fantástica de C. S. Lewis y hace referencia al choque que el gran escritor irlandés representa con respecto al grueso de la ciencia ficción anglosajona. En general –arguyen Scholes y Rabkin- la ciencia ficción es un género donde predominan valores puramente basados en el quehacer científico. Esto implica que la mayoría de novelas y cuentos de la ciencia ficción suelen promover valores de tipo pragmático y relativista, y además, suelen ocurrir en medio de una atmósfera más bien dada al agnosticismo y el ateísmo. En directo contraste con tal situación, las obras de

Lewis se enmarcan en la tradición y la teología cristianas y por ende, promocionan los valores de esta religión (Scholes, R. y Rabkin, E., 1982, p.55-56). Las creaciones de Lewis suelen emplear casi los mismos significantes y símbolos de la ciencia ficción, pero para controvertir de modo contundente los referidos pragmatismo, relativismo, agnosticismo y ateísmo que son moneda común en este campo. A diferencia de tanta literatura, cine y cómics, donde un marciano es el típico bicho babeante y desagradable cuyo único propósito existencial es devorarse cuanto *homo sapiens* se le cruce en el camino, un marciano en un texto de Lewis es más bien una ocasión para plantear tesis de corte teológico y además, suele ser más bien la víctima de un típico bicho también baboso y desagradable cuyo único propósito existencial pareciera ser el de arruinarlo todo y que se llama *homo sapiens*. De cualquier forma, debe quedar claro que la anticiencia ficción de Lewis propone una ética y cosmovisión cristianas que desafían la moderna cultura científico-técnica hoy en boga.

Ciencia y técnica en Lejos del planeta silencioso

A modo de resumen, digamos que *Lejos del planeta silencioso* (Lewis, 1994/1938) es la historia de cómo Ransom (un filólogo cristiano), es raptado en algún lugar de Inglaterra y luego llevado a la fuerza al planeta Malacandra (o Marte) por un par de repelentes individuos de apellidos Devine (alguien que sólo piensa en el dinero) y Weston (un científico arrogante y falso como tantos). Estando en Malacandra, Ransom escapa de sus captores y durante un tiempo tiene la oportunidad de vivir en medio de los malacandrianos. Allí descubre que, a diferencia de los humanos que estamos hundidos en el mal, el sufrimiento y el dolor hasta el copete, los habitantes de Malacandra quizás a primera vista no son muy guapos, pero en cambio son bondadosos, justos y altruistas. Además, mientras en La Tierra son pan de cada día la guerra, la explotación y la depredación en todas sus formas, tales realidades son desconocidas para los na-

tivos malacandrianos. Con el pasar de los días, por supuesto, Ransom descubrirá que la razón es que a diferencia de La Tierra donde Adán y Eva nos hicieron el favor de caer en pecado original con todas sus nefastas consecuencias, en Malacandra eso no sucedió. Los habitantes de este mundo se encuentran en gracia de Dios, y por ello su lenguaje ni siquiera tiene palabras para designar el mal. Así mismo, los malacandrianos están bajo la tutela de un Oyarsa o inteligencia sobrenatural análoga a un ángel, que a su vez rinde cuentas a Dios (a quien llaman Maleldil). El planeta Tierra o Thulcandra es llamado “El planeta silencioso” porque mientras los demás planetas del universo están todavía en contacto con Dios, el nuestro ya no. Desde el pecado original, nuestro mundo quedó desconectado de Dios, de los ángeles y de los otros seres extraterrestres del universo. Aquí –y eso es estar muy de malas- los humanos sólo quedamos conectados a un siniestro eldil o inteligencia sobrenatural que no es otro que Satanás. Tras diversos crímenes que Devine y Weston cometan en Malacandra, estos son apresados, juzgados por el Oyarsa y por último condenados a abandonar Marte en su nave espacial. Por diversas razones, Ransom vuelve a la Tierra con sus captores, y la historia finaliza con la vuelta de este trío a nuestro planeta.

Sintetizado de este modo el argumento de *Lejos del planeta silencioso*, ahora sí valdría la pena señalar algunos puntos respecto del modo en que ciencia y técnica son presentados en esta novela.

En esta novela, la ciencia y la técnica del mundo de hoy aparecen dominadas por la razón instrumental

De acuerdo con la denominada “Teoría Crítica” de Theodor Adorno y Max Horkheimer, se debe distinguir la razón instrumental y la razón crítica. La razón instrumental es la razón positivista, es decir, aquella que analiza cómo disponer los medios para obtener ciertos fines, pero sin razonar sobre los fines que pretenden conseguirse con esos medios. Así pues,

con tal de ser eficiente y eficaz, a la racionalidad instrumental poco o nada le preocupa analizar si los fines que se buscan son éticamente válidos o no, si son alienantes o no, si perpetúan la injusticia o no. A diferencia de la razón instrumental, la razón crítica se preocupa por analizar tanto los medios como los fines de algo, por sopesar cuáles pueden ser los efectos éticos y políticos (Carroll, 1998, p. 74-82). La razón crítica no sólo responde a la pregunta de “cómo conseguir algo”, sino que afronta también las preguntas de “por qué”, “para qué” y “hasta dónde” es lícito cierto actuar. Pues bien. En *Lejos del planeta silencioso*, Weston, el científico que sólo ha viajado a Malacandra para explotar ese mundo, es una encarnación de esa ciencia impregnada hasta la náusea de racionalidad instrumental. Para Weston, todo lo que no sea “científico” es estúpido, y no entiende cómo podría gastarse dinero en algo distinto a una voluptuosa máquina o a un sensual tubo de ensayo (Lewis, 1994/1938, p. 14). Weston, para usar la expresión de Ernesto Sábato, es el típico tecnólatra (Sábato, 2004/1941, p.34-54) que cada vez más y más ocupa sitio en la Tierra, alguien que ha endiosado a la ciencia y a la técnica hasta un grado inimaginable. Los “Westons” de nuestro tiempo confunden lo bueno con lo posible; creen que si algo es posible gracias a la técnica, *ipso facto* es bueno (Lewis, 1994/1938, p.166). Así por ejemplo, un Weston de hoy asumiría que, dado que ya es factible clonar humanos, en el acto tal clonación es buena. A los Westons de hoy, jamás se les pasaría por la cabeza que quizá, algo técnicamente posible, podría ser malo. Desde la perspectiva de Lewis, la ciencia de hoy –como dice el Oyarsa de Malacandra- tiene mucha sabiduría sobre cuerpos “pero en todas las otras cosas tiene la mente de un animal” (Lewis, 1994/1938, p. 162). De hecho, por ser una ciencia que hace de todo, pero que se deja manosear para alcanzar los propósitos más disparatados y viles (extinción de razas tecnológicamente inferiores, aniquilación de la vida animal y vegetal, sacrificio de los más débiles dentro de la propia especie humana, perpetuación en el poder de una élite humana en detrimento de la gran ma-

yoría de la población, etc), bien puede afirmarse que el científico de nuestro tiempo voluntariamente ha abandonado su condición de hombre para convertirse en un computador más de entre los computadores del laboratorio. Para Lewis, hoy son demasiados los científicos que se han autodegradado a “computadores con patas”.

La ciencia ha asumido que el máximo valor humano es el conocimiento y que ello justifica el sacrificio de cualquier ser vivo

En algún momento Weston, el portaestandarte de la razón instrumental, declara que los derechos de los individuos no importan frente al sumo valor que es el conocimiento humano; por esa misma causa es que para él no está mal secuestrar a Ransom, sacrificar débiles mentales, asesinar malacandrianos solo porque no se parecen a los humanos, torturar animales o tornar desiertos a planetas enteros (Lewis, 1994/1938, p. 162). En la figura de Weston estamos ante esa ciencia que ha llegado a la grotesca convicción de que ante el avance del conocimiento, la ética y el concepto de lo sagrado tan sólo son estorbos que el perspicaz científico ha de desechar como lastres del oscurantismo. A esta clase de razonadores instrumentales no se les pasa por la cabeza que construir una civilización con base en el sufrimiento y el dolor de humanos, animales o extraterrestres, no sólo es indigno y pecaminoso sino también un suicidio. Ellos no ven que, si se aplica esa misma lógica, a la larga ellos mismos también deberán ser asesinados para que el conocimiento prosiga su avance imperturbable. Ellos no ven que asumir como lo único importante el conocer a cualquier costo, a la larga solo lleva a una megabiblioteca perfecta donde están contenidos todos los conocimientos posibles, pero no hay ni un solo humano o ser racional que la lea.

La ciencia de hoy está muy imbuida de un darwinismo brutal.

En Weston, Lewis representa una civilización occidental y una ciencia que se sienten poderosas y que por ello se arrogan el derecho de aplastar otras culturas que juzgan inferiores.

Esta civilización occidental y esta ciencia creen a ultranza en un particular darwinismo según el cual, sólo el más fuerte sobrevive y el débil ha de ser eliminado. De más está decir que esa es la misma tesis del nazismo y de ciertos países que suponen que para ellos hay trazado un destino manifiesto, y que el resto de culturas o países sólo son ladrillos mediante los cuales se construirá tal destino. Por esa razón es que en algún momento, Weston dice de otro ser humano que “no sirve para nada” y que es “casi un preparativo” (Lewis, 1994/1938, p. 22). Esta civilización occidental y su ciencia todavía pretenden que se puede dividir a los seres humanos en “útiles” e “inútiles”; todavía asumen que existen seres humanos que no son fines en sí mismos, sino tan sólo medios.

Hoy en día, la ciencia es una neurosis colectiva y ha acabado contagiando a la cultura occidental de esa neurosis

Platón decía que filosofar es aprender a morir (Fraile, 1965, vol. I, p. 320-321) y por ende, podríamos extraer, la sabiduría consiste en aprender a morir. José María Cabodevilla anotaba que el sabio es aquel que no deja pasar un solo día sin considerar su muerte (Cabodevilla, 1969, p. 19 y ss). Lewis recuerda que la sabiduría enseña a no tenerle miedo a la muerte, que ser sabio es aceptar que un día –para fortuna nuestra- este mundo se nos acaba (Lewis, 1994/1938, p. 169). En cualquier caso es claro que ser sabio implica aceptarse mortal, limitado, finito, de ninguna manera imaginarnos el ombligo del universo o que el cosmos jamás podrá reponerse del golpe devastador que un día le representará nuestra desaparición. No obstante, el problema es que ni la ciencia ni la civilización occidental han podido aceptar este punto. En *Lejos del planeta silencioso*, observamos que el programa de la ciencia tanto en la actualidad como en el futuro, consiste en no morir. Weston pretende que la humanidad dure para siempre mediante el fácil recurso de agotar la Tierra y luego saltar a otro planeta, después agotar ese segundo planeta y saltar a un tercer planeta, agotar el tercer planeta y pasar a un

cuarto planeta, y así hasta el infinito. En *Esa horrible fuerza* se verá también que ese mismo propósito de ser inmortal es la causa para los monstruosos experimentos que se cometen con hombres y animales buscando la resurrección. En todo caso, la idea es no morir a como dé lugar; si para eso es necesario arrasar otros mundos y culturas, o atentar contra la dignidad humana, bien vale la pena.

La ciencia y la civilización occidental – expone Lewis- se afanan en negar la muerte, en huir de ella (Lewis, 1994/1938, p. 169). Todo su febril quehacer revela que su propósito último es derrotar la condición mortal tanto del hombre como del universo (de allí tanta alharaca por los avances de la medicina, de allí que se apliquen tanto a prolongar la juventud o devolvernos la lozanía perdida, de allí que hoy se considere a la vejez una enfermedad, de allí que se haga tanto autobombo con el cuento de que hoy la esperanza de vida ha aumentado décadas respecto al pasado, de allí la tontería de tratar que una mujer de noventa años luzca como una muchacha de quince). Los malacandrianos –que son sabios- no actúan así. Ellos saben que tanto los seres racionales del universo, como el universo mismo algún día decaerán y se desvanecerán, ellos saben que la muerte es un favor que Maleldil le hace al hombre, aceptan sus límites y por ello asumen su tránsito a la vida eterna (que eso es la muerte) con serenidad.

Dado el planteamiento anterior, si recordamos que la neurosis se define como el estado en el cual un individuo distorsiona la realidad, no es capaz de verla tal como es, y tercamente se aferra a una construcción personal que le produce angustia, bien podemos afirmar que tanto la cultura occidental como su ciencia son claramente neuróticas. Alguna vez, Freud propuso que la religión no era otra cosa que una neurosis colectiva, pero, desde la perspectiva de Lewis en *Lejos del planeta silencioso*, esta frase bien podría reformularse: son la ciencia y la civilización occidental, tal como las conocemos hoy, las que tienen todos los caracteres de una

neurosis colectiva. Son ellas las que tercamente desvirtuan nuestra mortalidad y nuestros límites, ellas las que nos inducen a creer que estamos en este mundo para durar siempre, ellas las que nos ponen a huir de modo alocado del paso de los años y la muerte, sin impedir que, de todos modos, tal paso de los años y tal muerte algún día nos alcancen.

En la actualidad, la ciencia y la civilización occidentales buscan que el hombre sobreviva, no tanto que viva plenamente

Veíamos que la civilización y la ciencia occidentales de hoy anhelan ponerse “más allá del alcance de la muerte” (Lewis, 1994/1938, p. 165), y por eso al final de la historia Weston llega a la aberración de manifestar que “es mejor estar vivo y ser malo que estar muerto” (Lewis, 1994/1938, p. 165). A esta ciencia y esta civilización nada le interesa contribuir a hacer personas más virtuosas, más humanas, o más éticas, lo que le interesa es prolongar el tiempo de permanencia sobre este planeta, la pura supervivencia. El hecho de vivir (es decir, la posibilidad de ejercitar valores auténticamente humanos como la piedad, el trato recto o la vergüenza) es algo que simplemente ignora (Lewis, 1994/1938, p. 168).

Para Lewis, la técnica es una muleta mediante la cual el hombre intenta paliar algunos de los efectos del pecado original

Ésta es una de las tesis provocadoras del texto, aunque si consideramos la cosmovisión cristiana que profesa el escritor irlandés, es perfectamente consecuente con tal punto de vista. Por ejemplo, durante la novela, Ransom descubre que en Malacandra casi no hay libros, aunque los malacandrianos conocen cómo hacerlos (Lewis, 1994/1938, p. 124). Al indagar la razón, recibe la asombrosa respuesta de que los libros sólo son un recurso para recordar algo, pero no son necesarios en un mundo donde el Oyarsa puede recordarlo todo en el momento que cualquier malacandriano se lo pida. Los habitantes de Malacandra no necesitan recurrir a esa muleta de la memoria que son los libros, por

cuanto no han cometido ningún pecado original y ello implica que siguen conectados a una inteligencia sobrehumana que cuando ellos deseen, recupera cualquier información. Otro ejemplo de la propuesta lewiana sucede en cierto instante en que Ransom, al ver que no hay relojes en Malacandra, regala su reloj a un nativo, pero éste lo rechaza agregando si ése es el único modo que conocen los humanos de calcular con precisión el tiempo (Lewis, 1994/1938, p. 130). De nuevo Lewis deja implícito en el lector que, por no haber cometido el pecado original, los malacandrianos cuentan con otros saberes que les permiten calcular el tiempo sin apelar a máquinas. Tanto en *Lejos del planeta silencioso*, como en las otras dos novelas, Lewis insistirá en que las creaciones técnicas de las cuales presume la modernidad, apenas si son sustitutos regulares para otra cantidad de saberes que los humanos perdieron con el pecado primigenio de Adán y Eva.

Para Lewis, la razón instrumental y el afán de lucro deben ser enfrentados por la razón crítica representada en la filosofía, las humanidades, la teología y la religión

Al final de la historia (Lewis, 1994/1938, p.173), el Oyarsa de Malacandra pide a Ransom que al volver a la Tierra vigile a Weston y Devine; en otras palabras, pide a la razón crítica de la filosofía, las humanidades, la teología y la religión (que eso es Ransom), que se enfrente a la razón instrumental (Weston) y al afán de lucro y placeres (Devine). Del Oyarsa, Ransom recibe la orden de batallar contra todos los “Westons” y “Devines” que existen en el mundo, y cada uno de nosotros como lector sabe que también ha recibido una orden: lo que hay de Ransom en cada ser humano debe luchar contra ese Weston y ese Devine que también moran en cada uno de nosotros.

Ciencia y técnica en Perelandra

Esta segunda novela de la trilogía (Lewis, 1995/1943), nos narra las aventuras de Ransom durante año y medio en el planeta Perelandra

(que para nosotros los humanos corresponde a Venus). En esta ocasión, con la ayuda del Oyarasa de Malacandra, Ransom es llevado hasta ese planeta con la misión de detener nada menos que a Satanás. Perelandra es un mundo que se encuentra en su génesis; por ello, allí solo habitan un perelandriano y una perelandriana que corresponden al Adán y Eva terrestres. La Eva venusina es conocida como la Dama Verde y el Adán venusino como El Rey. Dado que la Dama Verde y el Rey han sido creados hace poco por Maleldil, el mundo es un paraíso idéntico al que tuvo la Tierra antes de la caída debida al pecado original. En Perelandra los seres racionales viven en total armonía con animales y vegetales, la Dama Verde y El Rey aún se comunican directamente con Dios y, por supuesto, desconocen el mal, el dolor, el sufrimiento o la muerte. De modo análogo a lo ocurrido en la Tierra, en Venus Maleldil ha prohibido a la Dama Verde y al Rey pasar la noche en cierta isla, y el Adán y la Eva perelandrianos obedecen esa única prohibición y son felices. Cuando Ransom arriba al planeta, tan sólo se encuentra a la Dama Verde y en algún instante duda del hecho de que el demonio de la Tierra quiera invadir Venus. No obstante, de un momento a otro una nave de la Tierra llega a Perelandra, y de allí emerge la conocida figura de ese Weston que en la primera novela fracasó en su empeño de invadir Malacandra. Con el tiempo, al tratar otra vez al científico, Ransom descubre que Satanás ha poseído el cuerpo de Weston y que a través de la figura del físico humano, el demonio pretende hacer caer en pecado a la Dama Verde y arruinar Venus así como una vez arruinó la Tierra. Durante mucho tiempo, Ransom cuida a la Dama Verde y polemiza en todos los tonos y en todos los temas cada vez que Weston-Satanás habla con ella. No obstante, en cierto momento la astucia dialéctica del diablo parece estar ganándole la batalla a Ransom y éste, desesperado y sin otra alternativa, opta por luchar a puño limpio con el Príncipe de las Tinieblas. Tras un combate agotador, Ransom logra matar al Weston que estaba poseído por Satán y salva a Perelandra del pecado. Una vez obtenida su victoria, Ransom asiste

al momento en que Dios asciende a la Dama Verde y al Rey a una nueva condición trascendente (la misma condición trascendente que Dios proyectaba para Adán y Eva en la Tierra, pero que ellos perdieron para siempre debido al pecado original). Tras este final feliz, Ransom es regresado a nuestro planeta.

Resumido así el argumento de *Perelandra*, apuntemos ahora algunos aspectos fundamentales acerca del tema que nos ocupa.

En Perelandra, otra vez la ciencia está subyugada por la razón instrumental

El Weston que representa a la ciencia y a la civilización occidental en *Perelandra*, esencialmente sigue con las mismas nociones típicas de la racionalidad instrumental que ya hemos señalado en el apartado anterior. Eso sí, respecto de la primera novela donde era un furbudo materialista convencido de que la humanidad debía poblar el universo, ha pasado a la tesis según la cual, en el universo hay una fuerza espiritual ciega que con el pasar del tiempo acabará generando un dios. La humanidad –maniobra Weston- ha de contribuir a la evolución universal de modo que algún día en un lejano futuro, contribuya a la aparición del Espíritu Puro (Lewis, 1995/1943, cap. 7). En otras palabras, en *Perelandra* aparece una ciencia que admite que su propósito último es la creación de un dios (inversión de la posición cristiana según la cual es Dios quien crea al hombre).

En Perelandra, la ciencia se presenta como una práctica poseída por Satanás Como decíamos, en *Perelandra* Weston plantea una tesis adicional respecto de lo mostrado en Malacandra: la ciencia ha de contribuir a la evolución que muestra el universo hacia un Espíritu Puro o dios. En ese propósito de impulsar el progreso, no importa que a veces haya que romper con ciertos tabúes o incurrir en prácticas que otros juzgan “malas”; en otras palabras, Weston-Satanás propone que al Sumo Bien se puede llegar empleando el sumo mal, que a Dios puede llegarse a través del Diablo (Lewis,

1995/1943, cap. 7). Para Lewis es claro que una ciencia basada en la idea de que todos los seres son solo medios para obtener fines (tesis de la primera novela), o que se pueden alcanzar objetivos buenos mediante recursos malos (tesis de la segunda novela), es una ciencia diabólica. De allí que ya en *Perelandra*, literalmente el cuerpo de Weston está poseído por Satanás.

En Perelandra, la ciencia deshumaniza mientras que la obediencia a Dios humaniza

No es casual que Lewis llame “El Anti-hombre” a ese menjurje con apariencia humana que son Weston y Satanás; esto porque el camino elegido por la ciencia y la civilización occidentales realmente aleja de lo humano, deshumaniza, va en contravía de la humanización. En contraste, la obediencia a Dios, el considerar a todos los seres vivos como fines en sí mismos, el obrar el bien para llegar al bien, acaban completando la humanización del individuo. Es por eso que en el capítulo final Ransom al contemplar la plenificación de La Dama Verde y el Rey, siente que por primera vez en su vida ha contemplado un hombre y una mujer tal como deben ser. El corolario, muy en consonancia con la visión antropológica del Cristianismo, es obvio: Dado que aquí en la Tierra toda la vida nos la pasamos entre seres caídos en pecado, nunca vemos un hombre o mujer plenamente humanos; aquí nos pasamos la vida entre semihombres y semimujeres que únicamente alcanzarán la condición de hombres y de mujeres si confían en Dios y le siguen.

En Perelandra, otra vez la técnica es mostrada como una muleta

Ello se sintetiza sobre todo en el momento de la llegada de Weston a Perelandra (Lewis, 1995/1943, cap. 7). Cuando Weston descarga todo su equipaje (calentador, latas de comida, tienda para dormir, etc), Ransom comprende de que Weston no entiende lo que es vivir en gracia de Dios. En Perelandra se puede comer casi de todo sin fatiga alguna; el clima no es agresivo y por ello no se necesita ropa; no es necesario un dormitorio pues en cualquier parte

del planeta puede dormirse cómodo y sin peligro. Para Lewis, las creaciones tecnológicas –lo repetimos- son prótesis o muletas para tratar de suplir medianamente lo que un hombre podría hacer sin problemas y de modo perfecto en un mundo santo. La tecnología es indispensable en un mundo que se halle caído en pecado; en un mundo donde el hombre sea santo (es decir, que se halle en armonía con Dios, con la naturaleza y consigo mismo) es superflua.

En Perelandra, nuevamente se plantea que el hombre debe luchar contra el mal (incluyendo a cierta ciencia como una ramificación del mal)

Hay un momento en la narración en que, desesperado porque Satán está por hacer caer en pecado a la Dama Verde, Ransom se pregunta (como todo hombre lo ha hecho alguna vez en su vida) por qué Dios no hace nada y deja que el mal ande tan campante. ¿Dónde está Dios? (Lewis, 1995/1943, cap. 11). Entonces Ransom comprende que cada hombre es Dios y que él mismo es la presencia de Dios en Perelandra. Así pues, Ransom no rehuye su responsabilidad y acepta que Dios no quiere que derrote al demonio mediante una brillante refutación intelectual sino que lo quiere peleando a puñetazos. Para Lewis el combate contra el mal no es algo que se hace desde las cómodas discusiones teóricas sino algo que nos debe incomodar físicamente, que debe doler. De hecho, como lo mencionará en algunas de sus obras apologéticas, la prueba de que uno no está luchando contra el mal es que uno viva cómodo y tranquilo. Quien batalla contra la iniquidad –asegura Lewis- no está totalmente cómodo y tranquilo, quien se encuentra en una trinchera no puede estar al mismo tiempo viendo televisión, comiendo crispetas y fumando pipa.

Ciencia y técnica en Esa horrible fuerza

Esa horrible fuerza (Lewis, 1994/1945) se inicia cuando el Colegio Bracton, una institución educativa adscrita a una universidad y situada en Edgestow (Inglaterra), vende parte de

sus terrenos a una organización llamada INEC (Instituto Nacional de Experimentos Coordinados). Este INEC es una institución científica que pretende desarrollar investigaciones a fin de mejorar la vida en Inglaterra. Poco a poco, sin embargo, los miembros del INEC van revelando una cara siniestra: las personas que intentan abandonarlos, aparecen misteriosamente asesinadas; mediante trucos se adueñan de más y más espacio en Edgestow; arrasan poblaciones aledañas; contaminan de modo grotesco la naturaleza. En estas circunstancias, la novela comienza a presentarnos también un grupo de personas comandadas por un líder misterioso denominado el Rey Pescador, que a la larga resultará siendo ese Ransom que ya conocíamos de las dos novelas anteriores de la trilogía. Tras su vuelta de Perelandra, ahora Ransom debe soportar una herida permanente en un pie que le dejó su lucha con Satanás; así mismo, pese a ser un hombre de más de cincuenta años, el haberse alimentado de los frutos paradisíacos de Perelandra, ha ocasionado que su apariencia física sea la de un hombre de veinte años. Además, es muy respetado en su grupo, debido a que varios eldila o ángeles le visitan periódicamente en su casa. Mientras tanto, el INEC continúa con sus repulsivas actividades: paso a paso se va apoderando de toda la prensa libre de Inglaterra y, obviamente, empieza a moldear la opinión del público como le da la gana; al mejor estilo nazi, inventa autoatentados para que su fuerza paramilitar vaya controlando de modo absoluto a Edgestow; en sus instalaciones lleva a cabo todo tipo de experimentos aberrantes con animales y presidiarios humanos. La ciudadanía inglesa ignora que, escudada en su imagen de entidad científica que busca el progreso, en realidad hay un grupo de criminales que adoran al demonio. Tanto así, que en cierto instante nos enteramos que el mismo Satán está en contacto directo con los pretendidos directivos del INEC, y que en una sección secreta del mismo, se están realizando unas macabras experiencias para resucitar a cierto asesino que la justicia había ejecutado tiempo atrás. Adicionalmente, el INEC está a la búsqueda de la tumba del mítico mago

Merlín pues supone que uniendo sus capacidades técnicas con las habilidades sobrehumanas del hechicero, conquistarán Inglaterra y serán invencibles. Tras diversas peripecias tanto del INEC como del bando de Ransom, un día se descubre la supuesta tumba de Merlín y que la figura de la mitología artúrica no estaba muerta: Sólo había dormido quince siglos. Con la ayuda de este Merlín recién despertado de semejante sueño, de los eldila amigos suyos, y del equipo de personas que lo rodean, Ransom derrotará y liquidará al INEC y a su entera pandilla de científicos desquiciados. La ahora maldita ciudad de Edgestow donde el INEC tanto ofendió a Dios, termina tragada por la tierra como otra Sodoma y Gomorra, y Ransom acaba como acabaron Enoch y Elías según la *Biblia*: No muere sino que es arrebatado en vida hacia los cielos.

Bosquejado así el argumento de *Esa horrible fuerza*, expliquemos ahora algunas aseveraciones que la novela permite hacer respecto del tema de la ciencia y la técnica.

Esa horrible fuerza, representa la lucha de Cristo y El Anticristo

La novela bien puede verse como el combate entre la razón instrumental (el INEC y sus ideales que pretenden asaltar los cielos y la vida eterna a punta de pura ciencia y técnica) y la razón crítica (ese grupo de Ransom que defiende la dignidad humana y del universo). No obstante, es claro que Lewis -igual que en las otras dos novelas- pretende mostrar a la razón instrumental como un arma del Anticristo y a la razón crítica como un arma de Cristo. De un lado están quienes ven a la ciencia como la redentora del hombre, quienes incluso han convertido a la ciencia en religión, quienes son eficientes hasta lo inhumano, quienes creen que toda persona concreta ha de ser sacrificada por una abstracción. Del otro encontramos a quienes ven a Cristo como el único redentor, quienes no han endiosado la ciencia, quienes defienden la belleza y la lentitud, quienes reivindican al individuo concreto. Para Lewis, Cristo y El Anticristo ya están batallando entre nosotros en

este mismo instante, no hay términos medios o neutrales en esta lucha (pues decidir que no se está con Cristo es estar contra Cristo), y cada uno de nosotros debe resolver a quien se une.

La tragedia actual del planeta Tierra radica en que, en la actualidad, sufre una epidemia de “Westons”

Si en la primera novela los villanos eran dos (Weston y Devine), y en la segunda novela otros dos (Weston y Satanás), en la tercera novela el mal muestra un aumento exponencial: son los cientos o miles de “razonadores instrumentales” que se hacen pasar por científicos, aupados otra vez por el demonio. Estos clones de Weston ven a los demás seres (animales, vegetales, humanos o extraterrestres) como puros objetos que deben sacrificarse para que los denominados “hombres progresistas” (es decir, los Westons) puedan apoderarse del mundo. Los Westons pregonan que “el hombre debe hacerse cargo del hombre”, o sea que unos pocos sujetos bien calificados (los Westons) sojuzguen al resto de la humanidad que tiene la desgracia de no ser tan calificada como ellos. Eso, por supuesto, establece unos ciudadanos de primera y de segunda categoría y, en algún momento, los ciudadanos de segunda categoría culminarán siendo considerados “sacrificables” para que los ciudadanos de primera puedan seguir subsistiendo.

La civilización y la ciencia occidentales son antropolátricas

En algún momento un científico del INEC afirma que con la resurrección de un muerto que ha logrado aquel instituto, y la conquista del espacio que ya inició Weston, se inicia una nueva era: la era del hombre inmortal y ubicuo, del hombre que ha alcanzado el trono del universo (Lewis, 1994/1945, p. 233-234). Esta deificación del hombre no es más que “antropolatría”, el hombre juzgándose dios. Para Lewis, en el mundo contemporáneo simplemente se está reeditando con nuevo decorado, el viejo ofrecimiento de la serpiente a Adán y Eva en el Génesis: “Seréis como dioses”.

La ciencia actual concibe a la naturaleza como algo muerto

A diferencia de una concepción premoderna representada en Merlín, para quien la naturaleza ha de ser tratada como un ser vivo y prácticamente como otro ser humano, a partir de la aparición del hombre moderno, la naturaleza es vista como algo muerto, como un mero material que puede armarse y desarmarse como le venga en gana al científico de turno. Por esa razón, por ejemplo, es que algo que a los científicos actuales les parece “normal” como es la vivisección de animales, a ojos de Ransom o de Merlín (que ven a los animales como nuestro prójimo) es un crimen (Lewis, 1994/1945, p. 377-378). Por esa razón es que Ransom o Merlín saben que la naturaleza tiene derechos, mientras a los tecnólatras de la civilización occidental, tal aserción les suena a disparate (y anotemos que, en estos aspectos, Lewis coincide con tesis contemporáneas de decididos defensores de la naturaleza y de los animales como Andrew Linzey (Linzey, 1996/1994, capítulos 1 y 3) quien, justamente, reivindica al irlandés como uno de los cristianos que a lo largo de la historia ha mostrado mayor sensibilidad hacia el tema).

En general, la civilización occidental apoyada en la ciencia, hoy en día promueve nuevos “becerros de oro”

Para Lewis, característico de la civilización occidental es repetir de modo multiforme la historia bíblica del becerro de oro. Esto porque hoy en día los nuevos ídolos no son dioses como Júpiter, Baal o Isis sino fetiches como la ciencia, el hombre, el placer, el poder o el dinero; cada uno de estos diosecitos cuenta con sus propias iglesias, sus propios sacerdotes y papas, sus propias liturgias, y sus propios herejes a los que persigue con mayor o menor saña. En nuestro tiempo, Lewis advierte que bajo un nuevo disfraz hemos retornaido a los tiempos del politeísmo.

Hoy en día, la civilización y la ciencia occidentales edifican sin cesar una nueva “Torre de Babel”

Esa horrible fuerza es la historia de cómo un grupo de hombres confiados en su propio po-

der científico-técnico intentan asaltar el cielo y de cómo a última hora el mismo Maleldil se las arregla para confundir su lengua y hundirlos en el polvo. Como se verá, es la misma historia que nos cuenta el *Génesis* cuando un grupo de hombres deciden erigir una torre que llegue hasta el cielo y Yahvé frustra tal edificación. Lewis ha recontado esta historia clásica sencillamente porque en nuestros días seguimos asistiendo, unos más asustados y otros menos, a la edificación de esta “Torre de Babel científico-técnica”. La tradición judía acerca de esta torre contaba que cuando uno de los trabajadores que colaboraban en la obra, se caía al piso desde una gran altura, los capataces seguían como si nada; en cambio, cuando se caían unos cuantos ladrillos hasta el piso, esos mismos capataces hacían una alharaca de padre y señor mío y castigaban a la gente a diestra y siniestra ¿Por qué uno tiene la sensación de que en estos días la civilización y la ciencia occidentales nos están haciendo vivir exactamente lo mismo?

Frente a la deshumanización que promueven la ciencia y la civilización occidentales, Lewis propone el Cristianismo

Ante una ciencia y una civilización que cada vez más ven al hombre como un puro insulmo o una pura cifra, que se dedican a depredar la naturaleza, a asesinar a sus semejantes y ahora amenazan con expandirse como plaga por todo el universo, Lewis propone una figura como la de Ransom, es decir, la figura de un hombre. Hombre porque considera su prójimo a todos los seres del universo (Ransom trata con el mismo respeto y amor a los hombres, los animales, los vegetales y los extraterrestres). Hombre porque sabe que no existen seres humanos inútiles y que incluso los más débiles son quienes merecen más protección. Hombre porque sabe que el fin no justifica los medios (Ni siquiera cuando luchaba contra el diablo en Perelandra, Ransom se permitía hacerle trampas. Ransom sabe que a un fin bueno sólo se llega por medios buenos). Hombre porque obedece a Dios (Para Lewis un hombre que peca o desobedece es un despropósito exactamente igual a un lápiz que

un día decidiera ser televisor, y todos los días hiciera ingentes esfuerzos por transmitir imágenes y sonido desde su grafito y su goma de borrar. Pecar –para emplear una expresión futbolística- es estar “fuera de lugar”). Ransom, en últimas, es la imagen del Cristianismo en tanto las afirmaciones que hemos citado –a veces mejor dichas, a veces peor dichas- son lo que hace tanto vienen proponiendo los seguidores de Cristo.

Una consideración global de la ciencia y la técnica en La trilogía cósmica

Tras el somero análisis que hemos efectuado de las tres novelas apuntadas, a modo de conclusiones quisiéramos esbozar las siguientes:

La trilogía cósmica vuelve a narrar la historia de la Torre de Babel del Génesis

Quisiéramos complementar esta idea que ya propusimos en las notas sobre *Esa horrible fuerza*. Lo cierto es que las tres novelas resultan variaciones de este motivo del hombre pretendiendo conquistar el cielo a la fuerza y por sus propios medios. En *Lejos del planeta silencioso*, literalmente los humanos escapan del planeta Tierra para comenzar a invadir otros mundos y pensando que con el tiempo culminarán apropiándose del universo. En *Perelandra* el dúo Weston-Satanás inicia el proceso de expansión de lo humano-diabólico fuera de nuestro mundo. En *Esa horrible fuerza* es claro el intento del hombre de convertirse en dios y alcanzar la eternidad. En los tres casos, Lewis enfatiza que el problema del hombre es la *hybris*, el no aceptar su condición de criatura y en vez de eso desear convertirse en creador, el hecho de querer salvarse por sí mismo y sin ayuda de nadie. Esto porque desde la antropología cristiana, un hombre debe aceptar tres verdades diferentes: Que la *hybris* se cura con humildad, que nuestra especie es una criatura como tantas otras, y que el hombre sólo se salva de su condición misérírrima con el auxilio de Dios, y en concreto, de Cristo.

La ciencia y la técnica contemporáneas no salen bien libradas del juicio de Lewis

Para el escritor irlandés, ciencia y técnica contemporáneas están dominadas por la razón instrumental y por un darwinismo pavoroso. Además, ambas se ofrecen como redentoras del hombre pero tan sólo lo condenan más y más; ambas han terminado convirtiéndose en un nuevo ídolo y –al mejor estilo del becerro de oro entre los judíos- promueven la idolatría; ambas son prótesis bastante mediocres para lo que podría resolverse con más santidad; ambas afean al mundo; ambas enajenan al hombre en vez de liberarlo; ambas están poseídas en tanto se dejan manosear por voluntades decididamente demoníacas. Agreguemos también que, todas estas características enunciadas, bien pueden extenderse a la civilización occidental de la cual la ciencia y la técnica hacen parte.

No obstante, ciencia y técnica tienen una esperanza de redención

No vaya a creerse que Lewis es un ludita, es decir, alguien que se opone a ultranza a todo tipo de tecnología. No. En *Esa horrible fuerza*, Lewis manifiesta que las ciencias físicas son “buenas e inocentes en sí mismas” (Lewis, 1994/1945, p. 75-76) pero que han sido distorsionadas por la acción humana. En *La abolición del hombre*, nuestro escritor recuerda que durante los siglos XVI y XVII de Occidente, ciencia y magia hicieron eclosión oponiéndose a la sabiduría. Mientras el sabio pretendía adaptar el alma a la realidad, y para eso insistía en la autodisciplina y la virtud, el mago y el científico –que son hermanos gemelos- intentaban lo contrario, es decir, adaptar la realidad a los deseos del hombre. Mientras el sabio buscaba el conocimiento a fin de acceder a la verdad, el mago y el científico buscaban ese mismo conocimiento pero para obtener poder (Lewis, 1990/1943, p. 75-76). Para Lewis, hoy es posible lo que él denomina una “ciencia regenerada”, siempre y cuando deje de oponerse a la sabiduría (Lewis, 1990/1943, p. 78) En otras palabras, la ciencia contribuirá a la humanización y no a la deshumanización de nuestra especie, si reconoce que El

Bien, la Belleza o La Verdad existen; si admite que los valores son objetivos; si por fin percibe que hay una ley natural cuya transgresión sólo lleva a la autoaniquilación. Quizá lo veamos más claro si usamos la siguiente figura: la ciencia y la tecnología actual se parecen a un auto al cual, para andar más rápido, se le ha quitado el pedal del freno (la ley natural) y sólo se le ha dejado el pedal del acelerador. Es cierto que, por carecer de frenos ahora anda más rápido, pero también ahora más que nunca corre el riesgo de que en una curva cualquiera salga disparada y acabe estrellada. Así como para andar bien y llegar a algún lugar, un auto exige acelerador y freno, la ciencia necesita lo mismo; si continúa sólo con acelerador y más acelerador, no sólo la ciencia no llegará a ninguna parte, sino que algún día terminará en una tragedia irreparable. Añadamos aquí también, que la misma aberración que padece la ciencia es la que padece la civilización occidental: ella es una enorme tractomula con un fabuloso acelerador, pero sin frenos. Si sigue corriendo a doscientos kilómetros por hora sin reconocer que hay que detenerse de vez en cuando, no se sabe qué pueda pasar.

Lewis propone que la receta para salvar a Occidente de la encrucijada en que se halla, ya se estableció hace veintiún siglos y se llama Cristo

Durante la trilogía, Ransom salva tres mundos: primero contribuye a expulsar a Weston y Devine de Malacandra; luego derrota a Satanás en Perelandra; y finalmente, libera a la Tierra de la conspiración diabólica que se cernía sobre ella. Ransom consigue su propósito precisamente por ser un nuevo Cristo, es decir, por ser santo. La santidad entendida como confianza en Dios es lo que en los tres casos permite que el mal sea derrotado. Como se verá, para Lewis es evidéntísimo cuál es la única fórmula que garantiza salvar planetas y seres vivos.

La Trilogía Cómica es un cuento de hadas y por ende un pequeño evangelio

En su ensayo “Sobre los cuentos de hadas”, Tolkien aventura la tesis de que este tipo de

cuentos nos gustan básicamente porque en ellos intuimos el Evangelio (Tolkien, 2002/1964, p. 81-87). Para el autor de *El señor de los anillos*, los cuentos de hadas son análogos al Evangelio en tanto que –igual que la historia de Cristo- repudian la cotidianidad y hablan de otro universo trascendente que se mezcla con nuestro universo habitual. Así mismo, los cuentos de hadas nos ofrecen consuelo en tanto nos permiten escapar del mundo feo y malvado que todos somos habitar. Pero, sobre todo, los cuentos de hadas nos muestran que el enfrentamiento del bien contra el mal no concluirá con la derrota final del bien, sino que habrá una gracia súbita o liberación que posibilitará una consumación feliz para el cosmos. Como se observará, esa es la misma tesis del Evangelio: el bien y el mal se encuentran enfrentados y aun cuando todo parezca perdido con la muerte de Cristo, su resurrección es garantía de que al final el bien prevalecerá. Sin saberlo -sostiene Tolkien- los cuentos de hadas siguen el modelo de la historia de Cristo, nos emocionan y nos dan gozo porque de un modo velado aluden a esa historia por excelencia que es relatada por Mateo, Marcos, Lucas y Juan. *La trilogía cósmica* es –como lo asevera el mismo Lewis- “un cuento de hadas para mayores”, en ella, exactamente como en el Evangelio, asistimos a la irrupción de un orden trascendente en el universo habitual, se nos muestra un estado de cosas bello y sublime en contraste con la fealdad y el mal que reinan en nuestro orbe, y por último, se revela un desenlace feliz como en el Evangelio y *El apocalipsis*. *La trilogía cósmica* vuelve a relatar con nuevos significantes la historia de la salvación humana por un redentor, pero es que esa historia nos ha fascinado antes, nos fascina hoy y nos fascinará en el futuro.

Referencias

- Brugger, W. (1972), *Diccionario de Filosofía*, Barcelona, Herder.
- Cabodevilla, J.M. (1969), *32 de Diciembre – La muerte y después de la muerte*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- Carroll, N. (1998), *Una filosofía del arte de masas*, Madrid, La balsa de la Medusa.
- Ferrater Mora, J. (2002), *Diccionario de Filosofía*, Barcelona, Ariel.
- Fraile, G. (1965), *Historia de la Filosofía*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- Lewis, C. S. (1995), *Perelandra*, Santiago (Chile), Editorial Andrés Bello.
- Lewis, C. S. (1994), *Lejos del planeta silencioso*, Madrid, Ediciones Encuentro.
- Lewis, C. S. (1994), *Esa horrible fuerza*, Madrid, Ediciones Encuentro.
- Lewis, C. S. (1990), *La abolición del hombre*, Madrid, Ediciones Encuentro.
- Linzey, A. (1996), *Los animales en la teología*, Barcelona, Herder.
- Sábato, E. (2004), *Hombres y Engranajes – Heterodoxia*, Madrid, Alianza.
- Scholes, R. y Rabkin, E. (1982), *La ciencia ficción. Historia-Ciencia- Perspectiva*, Madrid, Taurus.
- Tolkien, J.R.R. (2002). “Sobre los cuentos de hadas”. En Tolkien, J.R.R. *Árbol y hoja* (pp 11-100), Barcelona, Minotauro.

